

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO, 15.



Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías y cuanto juzgemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras de giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. El precio es de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

- El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—
Eva, poesía por Enriqueta Lozano de Vilchez.—
Dos para dos, novela por J. Selgas. **Correspondencia**

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

Es un bastidor de madera, sobre el cual se colocan los postres. Mandé usted hacer un fondo delgado de encina, que tenga de cuarenta á cuarenta y nueve centímetros de ancho, siendo lo largo proporcionado a las dimensiones de la mesa. Este fondo redondeado por dos extremos, se coloca sobre dos pies de ébano, vueltos semejantes á aquellos que sirven para sostener el zócalo de una péndola.

Se cubre el dormant de greda mojada, de tres centímetros de espesor, y esta de musgo

picado, de modo que forma un fresco césped, y luego con flores artificiales en invierno, se forman dibujos variados y elegantes, colocando en medio de ellos las frutas y los dulces. No puede usted figurarse el bellissimo efecto que produce esto en medio de la mesa, pero entonces se hace indispensable servirlo todo por fuera, y no dejar al rededor del dormant más que los pañuelos.

—¡Oh dichosos aquellos tiempos, añadió exhalándose por grado, en que yo daba la norma de la moda en todos los círculos distinguidos, y era citada por el buen gusto con que sabía disponer mis festines... Aquello era mi elemento!... Cada día presentaba un manjar nuevo y exquisito.

—Tendría V. un buen cocinero.

—¡Oh, nada más que un cocinero; pero yo la dirija. Este libro, andió corriendo á revolver sus libros cubiertos de polvo y sacando un tomito en octavo, este era el mago cuya milagrosa varita me hacía producir tantos portentos.

—¿Qué libro es?

—El cocinero perfecto.

—¿Quiére usted prestármelo?

Amalia titubeó un instante. Como mujer que era sentia que otra pudiera participar de sus ventajas, pero deseaba demasiado congraciarse conmigo para negarme nada.

Me alargó el libro, y me apresuré á terminar la visita, volviendo á casa tan ufana y satisfecha como si hubiese hallado un tesoro.

XXXVIII.

Llegó por fin el gran día; como me habia advertido Amalia, entre Susana, Antolina y yo, dejamos hecho la vispera cuanto se pudo hacer, por la mañana mientras el as daban la última mano á la comida, acompañé á la abuela á la bodega, adonde nos seguian con Antonio y el honrado Blas.

Te confieso que no pudo menos de admirarme el perfecto orden la limpieza que reinaba en un paraje que suele estar generalmente descuidado. Encima de cada tinaja ó cuba, habia una pizarra sobre la cual estaban anotados la clase de vino y las arrobas que contenia: lo mismo sucedia con los cajones, en donde se hallaban las botellas pues en sus respectivas pizarras, se veia escrito el número de las existentes, y la fecha en que se habian ido extrayendo las que faltaban.

La abuela hizo que subieran botellas de vino de todas clases y un barril de lo comun, dejando apuntado lo que se llevaba y el uso á que estaba destinado.

De la bodega pasamos al cuarto de la ropa, y sacamos la mantelería. Habia muchas y muy buenas; pero yo preferí una adamascada que solo veia la luz del sol en las grandes solemnidades.

Luego la abuela abrió un grande armario, el cuarto de los consabidos, en donde estaba guardada la plata, la porcelana, la loza y el cristal.

No te diré que estas cosas fuesen muy modernas; pero sí que se hallaban en muy buen estado, y solo por un exceso de pulcritud, se fregó cuanto destinamos al servicio de la me-

sa porque todo estaba limpio y brillante, sin tener siquiera un átomo de polvo.

—¿Ves, me dijo la abuela sonriendo, ves la ventaja de nuestras inspecciones? En primer lugar nada falta, por que se ha repuesto con tiempo é insensiblemente, y luego que cuando llega la ocasion, todo se hace sin el menor trabajo.

Antonio y Blas llevaron cuanto ibamos sacando á la sala de comer, depositándolo sobre dos aparadores que ocupaban sus extremos.

Cuando hubimos concluido, fuimos á poner la mesa.

Empecé por mi dormant, verdadera obra maestra en mi sentir, pues yo era la autora, y la miraba con todo el cariño con que un autor mira á los felices partos de su ingenio. Habia despoblado mi jardin para adornarlo, y me causó un efecto mágico cuando hube colocado simétricamente en él los frutos del huerto, y los dulces que Antonio habia ido á buscar á Ciudad-Rodrigo.

Luego puse las compotas y los almibares en elegantes compoteras, y en platos de postre las empanadas, ojaldures y pastelillos. Estos platos entremezclados de flores, los coloqué en cuatro hermosas canastillas de plata labrada, poniendo una en cada esquina, y al rededor de los cubiertos los platillos con aceitunas, manteca, anchoas, etc., para que estuvieran igualmente cerca de todos los convidados.

Antonio trasladó el vino á unas grandes botellas de cristal de roca, que Blas iba disponiendo simétricamente sobre uno de los aparadores.

Sobre el otro estaba el servicio de café, que debia ponerse en la mesa al quitar los platos de los postres, y la licorera llena ya de los licores mas fuertes y esquisitos.

—Ahora falta lo mejor, dijo la abuela, falta colocar á los convidados.

(Continuará.)

Angela Grassi.

EVA.

LEYENDA SAGRADA.

(CONCLUSION)

recibió de aquel hijo,
amor y gloria de su vida entera.
Y le llamó mil veces,
y aquella boca amada estuvo mudal
su mano entre las suyas quedó helada,
y una terrible incomprensible duda
surgió de Eva en el alma desolada.
¿Era acaso la muerte?
¿la sentencia de Dios sería aquella?
¿era aquella la suerte
que á la doliente humanidad perdida
con su culpa y su error atrajo ella?
¡Oh! sí: porque una voz vaga, ignorada,
repetía en el fondo de su pecho.
«Si de la nada tú fuiste formada,
mira en el hijo el existir deshecho,
mira de hoy mas tu miserable nada.»
Un ¡ay! triste y profundo
brotó del alma de la amante madre,
y sus dolientes lágrimas saltaron
de su seno oprimido,
y á la vertida sangre se mezclaron
de aquel hijo dulcísimo y querido.
¡Sangre primera, lágrimas amargas,
primicia de dolor, de dolor fruto,
de la humana miseria
justo, primero y eternal tributo!
¡Pobre madre infeliz! si en un momento
de locura y encanto
fué débil y culpada, bien su crimen
labó con creces su doliente llanto!
perdió un hijo adorado
que era de Dios amado y bendecido,
y al otro de su lado
vió partir para siempre,
de Dios mismo por siempre maldecido.
Desde entonces consuelo
no existió para Eva,
su gala y sus colores,
á sus nublados y marchitos ojos,
perdieron para siempre luz y flores;
todo la daba enojos,
y en desierto profundo
para aquella infeliz trocóse el mundo.

IV.

Era una tarde tormentosa y fria,
silvaba el viento y retumbaba el trueno,
y la luz del relámpago azulado
mostraba en el espacio sus reflejos;
algunas gotas de pesada lluvia
bebía ansioso el abrasado suelo,
y aves y fieras á la par lanzaban
espantadas sus gritos postrimeros.
En una pobre tienda, levantada
bajo el oscuro pabellon del cielo
al lado occidental del Paraiso
en un inculto y áspero terreno,
una mujer hermosa, cuya frente
cubren las tocas de viudéz y duelo,
cercana ya á las puertas de la muerte
tendida yace en el humilde lecho:
es Eva, que cumpliendo la sentencia
que la impuso de Dios el sacro acento,
siente en sus labios pálidos y helados
de la muerte cruel el frío beso.
Set, el mayor de los amados hijos
á quien despues de Abel llevó en el seno,
estrechando sus manos demacradas
llanto de amargo afán vierte en silencio:
sus hermanos le imitan pesarosos,
y sus hermanas con amante anhelo,
se afanan por llegar mas y mas cerca
de la madre que espira junto al lecho.
Eva entreabrió sus apagados ojos,
y de sus hijos contemplando el duelo,
un jemido de amor y de ternura
dejó escapar de su oprimido pecho.
«¡Uno falta, exclamó, Cain que lleva
en pos de sí la maldicion del cielo,
ni aun podrá de su madre moribunda
recojer el suspiro postrimero!
Hijos de mi dolor y mi pecado,
voy á espirar y para siempre os dejo,
y en este valle de amargura solo
una herencia de lágrimas os lego,
mas si fué inmensa la flaqueza mia,
si han de ser muchos vuestros graves yerros,
por muchos que estos sean, hijos míos,
aun es mas grande la bondad del cielo.
Yo que libre nací, tristes esclavos
de culpa fatal os dejo hechos,
mas al volver al seno de la tierra
de la que sacada fui, lleve á lo menos,
vuestro perdon que endulzará mi muerte
y alegrará mis últimos momentos!»
Un torrente de lágrimas amargas

respondió de la madre al dulce ruego que la muerte apagara para siempre, á Eva cubriendo con su oscuro velo, tornando en polvo lo que fuera polvo mientras el alma la acogió el Eterno.

¡La que nació inmortal, y fué creada de Dios en el augustó pensamiento, en soto un dia de culpable ovido manchó sus galas y cayó en el cieno! ¡per un momento de fatal locura cuantos siglos de afan, cuantos tormentos!

Enriqueta Loano de Vilchez.

DOS PARA DOS

NOVELA ORIGINAL

DE

DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

(CONTINUACION)

—¡Es un capricho inconcebible! replicó el nuevo personaje.

Catalina contestó:

— Un capricho irrevocable.

Y arrastrando á Isabel, que parecia estupefacta de apareció por una puerta, que, abierta en un ángulo del aposento, conducia á las habitaciones interiores de la casa.

V.

Al des parecer Catalina, seguida de Isabel, el nuevo personaje paseó la mirada por la habitacion, y se encontró con Jaime, que, cruzado de brazos, lo miraba con sorpresa, pero dejando ver en su fisonomía la más profunda lastima. Entonces se inclino, diciendo.

— ¡Juraría que me encuentro delante de un amigo de quien me despedí hace tres años largos, y en el que he pensado algunas veces, con pena. ¿Me engañará la semejanza? Ese amigo, al despedirse de tí para siempre, te dijo; «La fortuna es loca, la opulencia hastia, y los placeres se acaban; si alguna vez necesitas el corazon de un amigo, encontraras el mio.»

— ¡Ah! exclamó Miguel. ¿Quién demonios habia de conocerte con esos zapatos de cuero blanco,

con esa camisa de rayas amarillas, con esa cabeza, siempre gallarda, pero horriblemente despeinada y sobre todo con esos moñetes... ¡Venga la mano, querido patan: venga esa mano, que yo siempre soy el mismo... así, así. Aprieta... ¡Capita y que fuerzas has echado!

— Yo, le replicó Jaime, te he conocido, apesar del hundimiento de tus mejillas, de la espantosa palidez de tu rostro, de la horrible contraccion de tu boca: es mas, te he reconocido antes de que llegaras, la presencia aquí de tu mujer me ha anunciado la tuya, y te esperaba.

— ¡Hola! ¡Hola! ¿Conoces á Catalina?

— Sí, Miguel, la conozco. No te alarmes. Es ella demasiado hermosa, y sois los dos demasiado ricos y espléndidos para que no os conozca todo el mundo.

— Es verdad... Algunas veces me alegraria de que nadie nos conociera: pero no es posible. Y dime, ¿ú tambien te casastes?

— Sí; yo tambien me casé.

— ¿Con una pobre por supuesto? Todo lo que me rodea me advierte la estrechez de tu posicion... Y, vamos, con franqueza ¿eres feliz?

— Tanto, como tú eres desgraciado.

— ¡Diablos! ¿Y que haces para ser tan dichoso!

— Trabajo, amo y rezo.

— Pues son tres cosas bien poco divertidas.

— ¿Y tú...? Despierta mi envidia pintandome tu paraíso. Siéntate, siéntate, y habla. Te voy á oír con la boca abierta.

Miguel se rascó la cabeza, se pasó el pañuelo por la frente, se atusó el bigote y dijo:

— ¿Yo...? ¡Bah! ¿Qué he de hacer...? Gozo.

— ¡Ay, Miguel! exclamó Jaime, no puedes engañarme, porque veo en tu rostro la desesperacion de tu alma.

— No te negaré que experimento algunas contrariedades, que tengo disgustos. El carácter de Catalina no encaja bien con el mio; le gusta un poco ejercer el imperio de sus seducciones; ofrece demasiado sus encantos; tiene mucho partido entre los hombres, y me hace padecer celos feroces; pero yo adoro el atractivo con que enciende mi sangre, de tal modo, que algunas veces siento como C ligula, el vivo deseo de buscar en sus entrañas la causa oculta del ciego deleite que me inspira. Es posible que acabemos mal, porque no va por buen camino; pero esto tiene tambien sus goces, goces extraordinarios que ú no comprendes.

Jaime le disparó la siguiente pregunta á quemarropa:

— ¿Y que harias en el caso de una infidelidad?

Los ojos de Miguel relampaguearon como si dentro de su alma hubiera una tempestad; y al

relámpago siguió el trueno, pues que con voz sorda dijo:

—La venganza es un gran placer: y en el caso de una infidelidad, la mataría.

—No lo creo replicó Jaime con desden, hablas así por... hablar.

—Te juro, exclamó Miguel, que la mataría/ Y apretando el brazo de Jaime con sus dos manos crispadas, añadió:

—Te digo más... la mataré.

—Pues yo te repito que no lo creo.

—Supon dijo Miguel, paseándose con agitación febril, que la infidelidad existe, que la descubro. Supon que no he de ser tan bárbaro, que vaya á matarla en un arrebato de celos, que me pondría en ridículo ante la sociedad, y en grave compromiso ante la ley. Supon, en fin, que pienso las cosas, que las medito, y que sé hacerlas,

—Muy bien, replicó Jaime; pero de todas esas suposiciones no saco nada en limpio.

—Imagínate, continuó Miguel, que coloco todos mis fondos en el Banco de Londres; que Catalina y yo vamos á pasar unos días... por ejemplo, á nuestra quinta de Carabanchel, de donde oportunamente han desaparecido todos los criados; y cuya llave llevo yo en el bolsillo. Imagínate que entro el jardín y el parque hay un pozo profundo de una noria inutilizada; que por allí se pasa para llegar al pabellon de Catalina, donde hay luz, aunque no está su doncella. Imagínate que llegamos de noche, que entramos solos, dejando la berlina en el camino: que salgo yo á los cinco minutos, despues de dejar á la señora perfectamente instalada; que tomo de nuevo el coche, que corro á la estacion, que alcanzo el tren, que vá á salir, y que no paro hasta Bayona... ¿Te parece que no he meditado bien el caso de una infidelidad?

—Jaime contempló á su amigo algunos instantes con verdadera angustia, y bajando la voz le dijo.

—Si vieras tu rostro en este instante, te espantarías de tí mismo, y sin embargo, no me sorprendo de lo que acabas de decirme, porque lo presentia el crimen feróz que proyectas, entra perfectamente en el órden de tus desastrosas ideas.

—Ella es la culpable, rugió Miguel con voz sombría.

—¡Culpable! exclamó Jaime... Culpable ¿de qué! ¿Con qué derecho vas á pedirle una virtud que tú no tienes, una pureza que tú materializas... Si fuera de esta vida no hay nada, ella, como tú, lo quiere aquí todo. ¿Con qué freno has de sujetar la violencia de sus apetitos? Sin un Dios que juzgue nuestras acciones y

nuestros pensamientos, que castigue y perdone, que aflija y que consuele, no hay justicia, ni derecho, ni amor, ni virtud.

—¿Y qué Dios es ese? preguntó Miguel.

—Dios trino y uno, contestó Jaime. El Dios que te hizo de la nada, infandiéndote un soplo inmortal de su divina esencia; el Dios que humilla á los poderosos y ensalza á los humildes; el Dios que toma carne mortal y muere en una Cruz por redimirte; el Dios que llama en este instante á tu corazón impidiendo que cometas un crimen espantoso; el mismo Dios que te ofrece toda su misericordia en cambio de tu arrepentimiento: el Dios verdadero.

—¿Es tarde! Estarde! exclamó Miguel agitado.

En aquel momento sonó un ruido repentino, que se prolongó, apagándose poco á poco.

—¿Es mi coche que se aleja? preguntó.

—Eso parece, contestó Jaime. Y se conoce que vá á escape.

—No es posible...; pero, veamos.

Isabel, apareciendo en la puerta, detuvo á Miguel, que iba á salir. Realmente era la aparición de un ángel. Su bata azul realzaba la magestad de su casta gura. Su rubios cabellos brillaban al rededor de su frente como una aureola, y sus ojos, de un negro azulado, resplandecian dos lágrimas, como dos estrellas, en el fondo de un cielo oscuro.

—Caballero, dijo inclinándose tristemente delante de Miguel:

Catalina me ha entregado para V. esta carta.

—Miguel la tomó con respeto, y acercándose á la luz; la devoró con sus ojos. Despues se la dió á Jaime, diciéndole:

—Lee, lee.

La carta contenia estos cuantos renglones:

—«Sin que Isabel pudiera impedirlo, lo he oido todo desde la puerta. Me vuelvo á Madrid, y no creo que cometerás la infamia de ponerte en mi presencia.

Guerra implacable.
«Catalina»

Jaime devolvió á su amigo la carta de Catalina, mientras Isabel decia:

—No he podido detenerla: mis caricias, mis súplicas, mis lágrimas, todo ha sido inútil; más no debe V. aflijirse; es muy impetuosa y muy decidida, pero es buena.

Miguel se inclinó ante aquellas palabras bondadosas y ante aquella voz llena de dulzura, y le dijo:

—Lo siento y me alegro. Lo siento, porque voy á preperccionarle á V. la molestia de un huésped

desconocido, y me alegro, porque pasaré aquí la noche.

—Tú, replicó Jaime, no eres aquí desconocido, han oído tu nombre muchas veces, y todos te conocen en esta casa, y te estiman.

Estas palabras las pronunció echándole el brazo por el cuello.

—Isabel añadió:

—Tiene V. á nuestro cariño y á nuestra confianza un derecho incontestable, que coní te en el gran afecto que mi marido le profesa; nosotros queremos todo lo que él quiere.

Aun tenía Jaime abrazado á su amigo, cuando entró la abuela con el nieto en los brazos; Miguel la saludó, y besó al niño. Detrás de la abuela entró Luis, cuya rubia cabeza acarició el huésped.

Se acercaba la hora de la cena, y la familia tenía costumbre de reunirse en la sala antes de ir al comedor, donde encontraba una mesa limpia y un alimento sano.

Después de la cena los dos amigos salieron al jardín, donde permanecieron hablando hasta la madrugada. Miguel había cenado poco, pero durmió algo. Al día siguiente por la tarde, se despidió de la familia, con gran sentimiento de todos. De Isabel y de su madre, porque parecía muy desgraciado; de Luis, porque aquella mañana había cojido pájaros en el parque, y se habían hecho muy amigos.

Jaime acompañó á Miguel hasta el camino, donde esperaba un coche de alquiler que se había hecho venir de Madrid.

Los dos amigos se abrazaron y Jaime dijo:

—Creo que no debes detenerte en Bayona, ni ir á Paris.

Ahora, le contestó Miguel, voy á Londres, y el invierno lo pasaré en Italia.

Al separarse se abrazaron de nuevo, y el coche partió al fin, tomando el camino que conduce desde Carabanchel á la estación del camino de hierro del Norte.

Miguel, iba diciendo:

—¡Que dichosos son!

Mientras su amigo, viendo desaparecer el coche á lo lejos, decía.

—Aun puede ser feliz.

Lo que acabo de contar ocurrió á principios de Agosto, y en Noviembre recibió Jaime una carta bastante original. Estaba fechada en Roma y empezaba así:

—«Querido Jaime...»

En seguida aparecía el Credo, copiado pala-

bra por palabra, en letra clara, igual, y de rasgos firmes; letra que me atrevo á llamar fervorosa. Al pie del Credo, se hallaba la firma, en esta forma:

«Tnyo.»

«Miguel.»

FIN.

RIVERA.

Cuéntase que en los primeros años del siglo XVI, un cardenal, al atravesar en coche las calles de Roma, vió á un jóven apenas salido de la adolescencia, que casi desnudo, cubierto de arapos, y teniendo á su lado sobre unas piedras algunos mendrros de pan debidos á la caridad pública, dibujaba con profunda atención los frescos de la fachada de un palacio. Movido á piedad en vista de tanta miseria y tanta aplicación, el cardenal llamó á aquel niño, le llevó á su casa, le hizo vestir decentemente, y le admitió entre sus sirvientes que entonces se llamaban la familia de un gran señor. Si por entonces que su protegido se llamaba José de Rivera, que había nacido el 12 de Enero de 1588 en Jativa, (hoy San Felibe), cerca de Valencia: que su padre Luis de Rivera y su madre Margarita Gil, le habían enviado muy jóven á esta capital de su provincia, para que estudiase humanidades; pero que su inclinación irresistible por las bellas artes, le había hecho preferir á las clases universitarias, el obrador de Francisco R. balta; que en fuerza de un estudio constante bajo la dirección de este distinguido maestro, había hecho progresos bastantes rápidos para que al poco tiempo se le encargase algunos trabajos; pero que entonces se había despertado en él la pasión de ir á estudiar el arte en su origen, que no había soñado sino en Roma y sus maravillas, y que abandonando familia, amigos y patria, había llegado á la capital del mundo artista, donde sin apoyo ni recursos, transformando las calles en obrador y los guardacantones en caballetes, copiando estatuas, frescos y transeuntes, vivía de la caridad de sus compañeros, que le llamaban á falta de otro nombre, el Españolito lo Españolito.

Hallábase Rivera precisamente entonces, en la misma posición que cuarenta años antes había ocupado su inmortal compatriota Cervantes, pues el autor de Don Quijote había estado tam-

bien en Roma de camarero del Cardenal Julio Agnaviva; pero el gran pintor, ni mas ni menos que el gran escritor, no podia avenirse por mucho tiempo á la degradante ociosidad de la antecámara de un príncipe de la iglesia. Ambos habian nacido para un destino más activo y glorioso.

Cervantes dejó á su protector ó si se quiere á su amo, para hacerse soldado, para ir á combatir á Lepanto y sufrir cinco años de cautividad en Argel; Rivera al cabo de algunos meses de inaccion y pereza, se sintió al fin avergonzado de la abyeccion en que se veia sumido. Halló en el fondo de su corazon ese divino amor al arte, esa esperanza para lo futuro, y esa sed de ciencia y gloria que le habian conducido desde Valencia á Roma; y así fué que un dia, el que le pareció más hermoso, tiró la librea, y volvió á cubrirse con sus arapos. huyó de la casa del cardenal y volvió á emprender gozosamente su vida de miseria, de trabajo y de independencia. No faltó quien le acusara de ingratitud ó le tratara de incorregible vagamundo. Pero más adelante, viendo sus trabajos y sus adelantos, el buen sacerdote que le habia recogido, le perdonó su fuga y aun le felicitó por haber preferido á las dulzuras de una pereza inútil, la noble y laboriosa pasion de su arte.

Libre ya y vuelto á sus queridos estudios con todo el ardor de una inclinacion comprimida, Rivera llegó al momento en que el artista consulta su gusto y elige su estilo. De cuantas obras maestras le rodeaban, las que admiraba con mas entusiasmo, las que se hallaban mas conformes con los instintos de su propio génio, eran las obras del arrogante y ardiente Miguel Angel Caravaggio; allí ante los formidables efectos de su poderoso claro-oscuro, el joven español veia los últimos prodigios del arte. Hizo los mayores esfuerzos y al fin obtuvo que este maestro le admitiese en su obrador. Por desgracia no pudo recibir sus lecciones mucho tiempo, pues Caravaggio murió en 1603, cuando Rivera no contaba todavía veinte años. Sin embargo, habia aprovechado tambien las cortas lecciones del profesor de su Seccion, tan bien habia comprendido su estilo, que ya no se distinguian las obras del maestro de las del discípulo.

Cuando acaeció la muerte de Caravaggio, Rivera salió de Roma y se fué á Parma, donde le llamaba la atencion mucho tiempo hacia la gran fama de las obras de Correggio y el deseo de conocerlas y apreciarlas. Púsose á estudiarlas, á copiarlas con una especie de delirio, y dejando su primer método fuerte y atrevido, pasó en

cierto modo al extremo opuesto para hacerse dulce, tierno y gracioso, como su nuevo modelo. No dejó de sorprender á su vuelta á Roma tan completa metamorfosis; pero lejos de felicitarle le criticaron sus amigos. Bien sea que se despertase la envidia y que se hiciera más temible para sus rivales en la línea de Correggio que en la de Caravaggio, ó bien que manteniéndose en su primer estilo quisiera suscitarle en el Dominiquio, ya viejo y á quien Rivera no queria, un émulo más poderoso, todos los amigos del joven español parece que reunieron sus esfuerzos para que volviese á emprender el método de Caravaggio, que segun le aseguraban debia por su novedad y fuerzas, procurarle más gloria y más dinero. Fuesen ó no desinteresados estos consejos, Rivera, en nuestra opinion hizo bien seguirlos. Su gusto por los asuntos raros, sombríos y terribles, manifiesta bastante que la fuga de Caravaggio le acomodaba mas que la suavidad de Correggio. Sin embargo, el estudio inteligente de este proporcionó al talento de Rivera un nuevo elemento, y modificando los defectos en que podia hacerle incurrir la imitacion demasiado completa del primero, fué ciertamente una de las causas de la incontestable superioridad que adquirió sobre su maestro.

Para evadirse de las importunidades de sus amigos, verdaderos ó falsos, para poner en ejecucion con mas libertad las grandes concepciones que empezaban á germinar en su cabeza, y últimamente para ver si el trabajo y talento hallaban en él su recompensa, Rivera dejó á Roma y se fué á Nápoles, sin recomendaciones, sin dinero, siempre aislado y pobre, en terminos que segun se dice, se vió obligado á dejar su capa en prenda al huésped, cuya casa habia habitado cuando llegó á Nápoles, hizo felizmente conocimiento con un comerciante de cuadros, al cual ofreció sus servicios. El napolitano, hombre habil, examinó al joven extranjero, y deslumbrado por un talento tan firme ya y que anunciaba tan gran porvenir, se encargó de la colocacion de sus obras: despues, al poco tiempo le ofreció la mano de su hija única, heredera de toda su fortuna. Parece raro, á propósito de este accidente, que en ninguna de las biografias de un pintor como Rivera, que vivió tanto tiempo y tan esplendidamente en Nápoles se haya hecho mencion del nombre de su esposa ni de su suegro, así como tampoco se nombra al cardenal que le habia socorrido en Roma. Una vez casado se entregó Rivera asiduamente al trabajo, hallando en la profesion de su suegro el medio de que circularan su nombre y sus obras. En poco tiempo se hizo el pintor más célebre y queri-

do de cuantos había en Nápoles, habiendo contribuido una circunstancia notable á que asegurase de un golpe su reputacion. La casa en que vivia con la familia de su muger estaba situada en la misma plaza que el palacio del virrey. Un dia, su suegro, siguiendo la costumbre del pais habia colocado en el balcon de su casa, como en exposicion pública, un martirio de San Bartolomé que acababa de concluir Rivera. El populacho atraido por la vista de tanta magnífica obra llenó bien pronto toda la plaza, haciendo resonar el aire con sus gritos de entusiasmo. Llegó á tal grado el alboroto, que en la pequeña corte española se creyó que iba á estallar un motin, y que un Mazaniello arengaba el pueblo. Salio armado el virey, se enteró de la causa del desorden, admiró el cuadro y mandó llamar al artista. Su gozo no tuvo límites cuando se encontró con un compatriota. Al momento le nombró su pintor particular, con sueldo correspondiente y le dió una habitacion en su mismo palacio.

Así llegó Rivera en dos sentidos, para su casamiento y el favor del virey al colmo de la fortuna, poseia riquezas y consideracion. No obstante, tan rápidos progresos no entibaron su ardor por el trabajo y por el contrario, no hicieron más que dar á su génio ardiente todo el estímulo que esperaba para desarrollarse. Los jesuitas le encomendaron muchas obras para su convento de San Francisco Javier de Jesu-Nuevo; hizo para la capilla del Tesoro, en la catedral, bajo la cúpula pintada por Lafranc, el San Javier saliendo del horno, y en fin, para los cartujos el famoso Descenso de la Cruz, la obra maestra de los cuadros que Nápoles haya conservado del pintor español.

Muchas de sus obras se difundieron por el resto de Italia y en la Europa; pero el mayor número de ellas volvió á su patria. Nápoles era entonces una gran provincia de España. Todos los grandes señores que iban allá por gusto, el virey, conde de Monterey, á quien llamaba su Mecenas, y el mismo Felipe IV, tan apasionado por las bellas artes abrumaron á Rivera con encargos espléndidamente retribuidos. El estudiante miserable de las calles de Roma se hizo en muy corto tiempo el artista mas opulento y suntuoso, el igual de los grandes y los principales. Jamás salia a la calle sino en coche, y su muger iba siempre acompañada de un escudero, circunstancia que formaba, hace dos siglos el límite del lujo y la ostentacion. Cuéntase que un dia dos oficiales españoles enfatuados con los pretendidos milagros de la alquimia, fueron á ofrecerle una parte de su fortuna imaginaria si queria adelantar los fondos necesarios para las pri-

meras investigaciones de la piedra filosofal. «Yo tambien hago oro.» le respondió misteriosamente Rivera, «vuelvan ustedes mañana y les enseñaré mi secreto.» Exacto á la cita, los dos alquimistas encontraron al dia siguiente á Rivera en su obrador dando los últimos toques á un cuadro. Llamó á un criado, le dijo que llevase el cuadro en casa de un mercader de cuadros, cuyo nombre le indicó y que le pagara por él 400 ducados; á poco volvió el criado hechando las monedas sobre la mesa. «Señores, dijo el pintor, ahí tienen ustedes oro de buena ley salido de mi laboratorio: yo no necesito mas secreto que ese para obtenerlo en abundancia.»

Parece que Rivera, usando de una extrema rapidéz en su trabajo, no podia sin peligro, sostener mucho tiempo semejante esfuerzo y así se habia impuesto la regla de no pintar más que seis horas al dia, y solo por la mañana. A intervalos cortos venia un criado a visarle el tiempo que habia corrido; lo demas del dia lo consagraba al paseo, á las visitas y sobre todo á las recepciones, porque su casa siempre estaba abierta y su obrador era el punto de reunion, no solo de los artistas sino tambien de los principales personajes de la corte. En su casa fue donde se formaron aquellas *lazzioni di pittori*, aquellos partidos de pintores que en efecto merecian el nombre de facciones pues que hacian la guerra aun con puñales á las escuelas rivales.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Torralba. Señor don P. F., damos á V. las mas expresivas gracias por su inapreciable carta, le remitimos los números que desea, servimos la nueva suscripcion y le anotamos los 24 rs.

Villavelasco. Señor don F. R., recibidas las 6 pesetas.

El Cubillo. Señor don R. M., anotados los 10 rs.

Alburquerque. Señor don P. O., en nuestro poder los 40 rs.

Leon. Senora doña L. G. de B., recibidos los 6 rs., remitido el numero 37, el 47 y 48.

S. Fernando. Senora doña D. V. de Y., anotados los 18 rs.

Chiclana. Señor don A. N., recibidos los 16 rs., que por V. envia dona T. L.

La Roda. Señor don S. T., servida la nueva suscripcion, y anotados los 64 rs. como indica.

Pobladura de Alaste. Señor don M. G., recibidos los 12 rs., le doy gracias por su buena desio.

Santiago. Señor don G. C., respondiendo á su pregunta, le diré que dona M. N. debe 28 rs., Dona R. M. y dona D. P., como igualmente V. á 40 rs. cada uno.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familia»